



**Andy García**

**El cementerio**

## EL CEMENTERIO

Como cada tarde, la pandilla se reunió al salir de la universidad. Los cuatro amigos, ya se hallaban en una edad difícil, eran plenos adolescentes. Ya no jugaban al fútbol, ni paseaban en bicicleta como antaño. Ahora, sus motivaciones eran otras. Empezaban a coquetear con las muchachas, algunas gamberradas sin importancia, en fin, cosas de la edad que atravesaban. Miguel, era un ávido lector, afición adquirida a través de su padre, quien poseía una extensa y valiosa biblioteca familiar.

Era invierno en Málaga, la tarde se tornaba gris, y la lluvia había hecho acto de presencia, el día invitaba a quedarse en casa. Pero la pandilla no entendía de contratiempos, ellos, siempre tenían que reunirse, aunque cayeran rayos y centellas. Esa tarde, Daniel, pidió a Miguel que contase uno de sus relatos de miedo, pues la ocasión lo requería. Los demás, aplaudieron la petición. Así fue, Miguel les deleitó con una de sus historias de terror, que conocía gracias a sus lecturas.

Se animaron, y Alejandro propuso ir al cementerio, todos aceptaron excepto Juan, quien, aunque le gustaba los relatos de su amigo, después tenía pesadillas, y además era bastante miedica.

La lluvia arreciaba, y el viento cambió de levante, mostrándose más energético y frío. Para colmo, se desató una gran tormenta eléctrica con sus enormes rayos cayendo por doquier.

-Bueno, ¿os animáis, o vais a ser tan miedicas como Juan?- preguntó Alejandro.

-No empieces a meterte con él-dijo Miguel en su defensa.

-Me da igual lo que diga-dijo Juan.

-Venga, no empecemos a discutir-dijo Daniel.

-Vale, votemos como siempre-dijo Miguel.

Los tres levantaron las manos, como esperaban, Juan se abstuvo.

Comenzaron las risas y las bromas, cosa que esta vez, enojó profundamente a Juan.

-Venga Juan, hay que temerle a los vivos, no a los muertos-dijo riendo Alejandro.

-Ya sabéis mi teoría, a un vivo se la puede matar, a un muerto no-dijo Juan convencido de ello.

Los tres soltaron una gran carcajada.

-Me da lo mismo que os riáis, es lo que pienso-agregó Juan.

Miguel se animó, y para romper la tensión contó otro de sus relatos. La pandilla se excitaba por momentos, incluido Juan. Al final, Juan aceptó entrar en el cementerio, pero puso una condición. Todos irían juntos en todo momento, y cuando él, lo decidiera abandonarían el cementerio. Sus amigos aceptaron la propuesta, prometiendo además, que así se haría.

La lluvia lejos de amainar, arreció aún más, el viento rugía con fuerza, y parecía emitir un fúnebre lamento. Los rayos cada

cierto tiempo iluminaban las calles del camposanto, confiriéndoles un aspecto aún más inquietante.

Juan, estuvo a punto de cambiar de opinión, pero entre todos lograron convencerle para que entrase. Primero entró Miguel, saltó la herrumbrosa verja y penetró en el abandonado y desolado cementerio. Éste, llevaba varios años sin admitir a nuevos “inquilinos”, dado su lamentable estado. Se hallaba abandonado por parte de las autoridades locales.

Juan, salto en antepenúltimo lugar, no quería quedarse solo dentro, ni fuera del cementerio. No llevaban linternas, por lo que usaron sus teléfonos móviles para alumbrarse, resguardándolos de la lluvia como podían. El ambiente era desolador, los cipreses danzaban a merced del viento en una siniestra danza, y sus ramas crujían de forma estrepitosa.

La fuerte lluvia había removido el terreno, y algunas tumbas abandonadas por el paso de los años dejaban entrever algunos huesos dispersos de sus moradores. Todos se asustaron sobremanera, más aún Juan. El viento soplaba con fuerza, emitiendo un silbido fantasmal a través de las calles del camposanto. Todos tenían miedo. De repente, vieron a lo lejos una extraña luz azulada. Se pararon en seco, y paralizados por el pánico contemplaron aquel fuego fatuo. La luz se desplazaba de arriba abajo en un siniestro movimiento.

-¿Qué es eso?-logró decir Alejandro.

Ninguno contestó a la pregunta. La extraña luz, parecía dirigirse hacia ellos. Todos corrieron despavoridos. En la alocada carrera, Juan tropezó con una lápida y cayó al suelo, quedándose rezagado del grupo. Fue a levantarse enseguida presa del pánico y notó cómo alguien le sujetaba la pierna

derecha. Cayó de nuevo al suelo, y horrorizado y sin querer mirar atrás, comenzó a llamar a sus amigos con gritos que parecían brotarle del alma.

Después, gritaba como un poseso: -¡Suéltame, suéltame!

Sus amigos al escucharle se temieron lo peor. Lejos de ir en su ayuda, salieron del cementerio atemorizados. Desde fuera se oían los lamentos de Juan, todos se hallaban compungidos, pero no se atrevieron a ir en su busca. Llamaron a la policía, quienes no tardaron en llegar, y le explicaron lo ocurrido. Los lamentos de Juan ya no se oían. Los policías saltaron la verja y procedieron a buscarle. Había dejado de llover, y el viento cómplice del agua, había cesado. El silencio se tornó sepulcral.

Sus amigos fuera, rezaban para que Juan se encontrase bien, y se recriminaban unos a otros, el no haber acudido en su ayuda.

-Toda la culpa ha sido mía-decía Alejandro con lágrimas en los ojos.

-No, ha sido culpa de esa luz del infierno-dijo Daniel.

-Deberíamos haber ido en su ayuda-dijo Miguel.

Todo eran lamentaciones.

Escucharon a unos de los policías al otro lado.

-¡Aquí, aquí!-dijo el agente.

Todos enmudecieron de repente.

El policía halló el cuerpo sin vida de Juan. Su aspecto, le hizo

estremecer, a pesar, de haber visto infinidad de cadáveres con ocasión de su oficio. Aquella escena, era la viva imagen del terror. El cuerpo se hallaba tumbado de lado, y los brazos permanecían agarrotados y rígidos en una siniestra postura. Su rostro desencajado le mantenía los ojos abiertos, con una mirada de pavor perdida en el infinito. Su compañero, al llegar al lugar vio cómo éste se hallaba consternado con tan macabra escena.

-¡Dios, ha tenido que sufrir una muerte espantosa!-dijo el policía.

Comprobaron como la pierna izquierda de Juan se hallaba atrapada por un sinfín de ramas. No quisieron mover el cadáver hasta la llegada del juez instructor, pero el agente que lo localizó, se agachó junto al cadáver y le cerró los ojos, no podía seguir viendo aquella aterradora mirada. Avisaron a los servicios médicos y al juez, y salieron a dar la funesta noticia al grupo.

El agente que halló el cuerpo se acercó a ellos.

-Vuestro amigo ha fallecido-dijo sin más.

-Tendréis que venir a comisaría a declarar-añadió el policía.

-¡No puede ser!- gritó Miguel con lágrimas en los ojos.

-¡No es verdad, quiero verlo!-vociferó angustiado Daniel y también llorando.

-¿Qué le ha ocurrido?-preguntó conmovido Alejandro mientras se secaba las lágrimas con los dorsos de las manos.

-Lo más probable es que halla muerto de un infarto al corazón, provocado por un estado de pánico extremo-explicó el agente.

Los tres prorrumpieron en nuevos y emotivos sollozos.

El compañero, reprimió al agente por su locuacidad, agarrándole por el brazo.

-¡Lo he matado yo, mía ha sido la idea de venir a este maldito lugar!-gritaba en su desesperación Alejandro.

-Tranquilos muchachos, la culpa no ha sido de nadie, todos de jóvenes hemos entrado de noche a un cementerio, sólo que esta vez, las consecuencias han sido desafortunadas para vuestro amigo-dijo el policía tratando de calmarlos.

Los servicios médicos no tardaron en llegar, al igual que el médico forense y el juez instructor. Los tres se hallaban sentados en el suelo con los brazos sobre las rodillas y las cabezas agachadas apoyadas en éstos. Cada uno, en silencio se torturaba culpándose de lo ocurrido. Al cabo de un rato, los servicios médicos trasladaban el cuerpo sin vida de Juan. Los tres se levantaron de un salto y contemplaron consternados el fúnebre traslado de su amigo.

La universidad, pronto se hizo eco del suceso. A los tres, le miraban el resto de los alumnos como si fuesen bichos raros. No hubo entierro, el cuerpo de Juan fue incinerado, y sus cenizas esparcidas en la bahía de Málaga como el había deseado en vida, cerca de la playa favorita de la pandilla.

Los tres amigos ya no eran los mismos, hubo un antes y un después, tras la muerte de Juan. Comenzaron a tener pesadillas,

perdieron el apetito, y la melancolía se había apoderado de ellos. El sentimiento de culpa, lejos de marcharse de sus pensamientos, habitaba en sus mentes.

A los dos meses del fatal suceso, Miguel decidió telefonar a sus amigos. Era ya verano, y no se veían desde que finalizó el curso. Quedó con ellos en su casa, pues se hallaba solo y quería mostrarles algo. Sus amigos intrigados acudieron juntos a su casa. Al abrir la puerta, los tres se abrazaron contentos de volver a verse.

-Pasad, mis padres han salido y tardarán en volver-dijo Miguel.

-Subamos al desván, quiero mostraros algo-dijo Miguel con cierto halo de misterio en su voz.

Sus amigos se miraron entre sí, se hallaban intrigados, pero no preguntaron nada y siguieron a Miguel sin más. Una vez, en el desván, Miguel comenzó a hablarles sobre la idea que se le había ocurrido.

-Conozco este desván como la palma de mi mano, subo a diario a leer mis novelas de misterio, lo limpio yo, y lo ordeno yo, nunca antes había visto esto aquí-dijo Miguel mientras levantaba una manta vieja de rayas.

Sus amigos miraban intrigados la caja que quedó al descubierto. Miguel se agachó y sacó de ella un tablero de Ouija. Los dos amigos se miraron perplejos, y después miraron de mala manera a Miguel.

-He pensado al hallar el tablero después de tantos años sin verlo, que quizá Juan, desea ponerse en contacto con nosotros-dijo Miguel dejando sobrecogidos a sus amigos.



-Estás loco si piensas que voy a participar en ello-dijo Daniel furioso.

-Eres un enfermo, deja a los muertos en paz-dijo Alejandro.

-Vámonos-dijo Daniel.

-Esperad, por favor-dijo Miguel a la desesperada.

-Creo, que los tres estamos de acuerdo que esta situación no es cómoda para ninguno, pero seguro que vosotros también tenéis pesadillas desde aquel día, y el sentimiento de culpa no os deja vivir en paz-dijo Miguel nervioso.

Sus amigos al escucharle se detuvieron en mitad de la escalera y se miraron. Miguel se asomó a la puerta del desván y les rogó que al menos le escucharan.

-Habla-dijo Alejandro sin moverse de la escalera.

Daniel, miraba fijamente a Miguel.

-He estado éstas últimas semanas leyendo todo acerca de la Ouija, en revistas especializadas y alejadas de toda la parafernalia existente sobre su uso-dijo Miguel.

-¿No os gustaría saber que piensa de nosotros Juan? ¿Si nos ha perdonado? ¿Si se halla bien allá dónde esté?-preguntó Miguel con ahínco.

Alejandro, volvió a mirar a Daniel, y ambos permanecieron unos segundos sopesando las palabras de Miguel.

-¿De veras, crees que con ese estúpido juego podremos comunicarnos con Juan?-preguntó incrédulo Daniel.

-Según las revistas que he leído se puede hacer-contestó Miguel convencido de ello.

-¿Qué podemos perder?-agregó Miguel.

-Subamos-dijo Alejandro a Daniel.

Ofreció unos cigarrillos a sus amigos y fue explicándoles cómo debían realizar la sesión. Al final, los dos accedieron a realizar la sesión.

-¿Y dónde piensas realizarla, aquí?-preguntó Daniel.

Miguel permaneció unos segundos callado antes de responder.

-En el cementerio-dijo con un hilo de voz.

-Estás loco si piensas que voy a volver a aquel maldito lugar-dijo Alejandro.

-Yo tampoco pienso poner un pie allí-dijo Daniel.

-Escuchadme por favor-dijo Miguel.

-Es el lugar idóneo para ello-dijo Miguel.

-¡Al diablo con el lugar idóneo!-dijo Daniel acalorado.

-Esta vez, no ocurrirá nada malo, estaremos protegido por un círculo de fuerza que nos protegerá de todo mal-dijo Miguel con el tono más seguro que pudo.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

